

EDUARDO ÁLVAREZ

El hijo de Eulalia

Luis Fernando de Orleans, el infante
que escandalizó a la corte de Alfonso XIII

la esfera  de los libros

PRIMERA PARTE

París, 1910

—*Magnifiiiiique! Magnifiiiiique!*
Don Benjamín alargaba tanto la *i* que ninguno de los otros tres integrantes de la compañía podía disimular la risa, ahogada en sorbos de caro *champagne*. El *maître* del elegante café bien situado en el barrio de Saint-Germain-des-Prés, tan frecuentado por toda clase de personajes de la bohemia en aquel floreciente tiempo, había ordenado descorchar ya tres botellas de selecto espumoso. Sabía que con la cuenta del infante español no había problema. Al camarero al que le había tocado servir la animada mesa se le hacía la boca agua pensando en la propina.

—¿De verdad, don Benjamín? Quizá en la segunda réplica me he trabado un poco. Los nervios, ya sabe... En cambio, la primera frase hoy me ha sonado más natural que el otro día, ¿no cree? Cuanto más repasamos el texto más seguro me siento.

—Tiene ángel, alteza, créame. Y no son dos parlamentos precisamente fáciles los de su personaje. *Fantastiiiiique!* ¡Brin-

demos! La obra va a ser un éxito de los que se recuerdan durante muuuucho tiempo.

Solo el infante Luis Fernando de Orleans y Borbón parecía no darse cuenta de la excesiva afectación del director, quien forzaba expresiones en francés que adquirirían un tono chirriante con su marcado acento argentino. Los dos actores y la actriz, apenas veinteañeros, que completaban el quinteto disfrutaban de la escena tanto o más que del espumoso, que empezaba a hacer efecto.

—Entonces ¿cuándo empezaremos los ensayos, don Benjamín? Estoy tan entusiasmado...

—Pronto, alteza, muy pronto, en cuestión de una o dos semanas. En cuanto se quede libre el local del que ya le hablé.

—Luis, por favor, le ruego que se olvide de mi título. Aquí solo soy uno más...

—Claro que sí, don Luis, por supuesto, por supuesto... Le aseguro que en Buenos Aires se va a hablar más de su debut que de un estreno de María Guerrero.

La actriz, que miraba embelesada al director, no pudo reprimir una carcajada secundada por sus compañeros, quienes, al quite, camuflaron la chanza con una demostración de alegría y un nuevo brindis:

—¡Por el teatro!

—¡Mucha mierda!

—¡Pero que mucha! —respondió rápido de reflejos el director, que volvió a dirigirse al infante—: Si está de acuerdo, entonces, don Luis, en adelantar los quince mil francos que nos permitirían encargar el vestuario y los telones... No hay tiempo que perder. Ya he puesto el ojo en un par de artistas de Montmartre que son unos genios, alteza...

—Luis, don Benjamín —interrumpió el infante.

—Le van a enamorar, don Luis —subrayó guiñándole un ojo.

—Daré orden a mi secretario para que formalice el cheque mañana sin falta. ¿Como la otra vez?

—Con lo que adelantó ya hemos podido apalabrar el alquiler para dos meses de La Bombonera. No es el nuevo Teatro Colón, pero todo se andará.

El comentario provocó el ardor de los actores, que de pronto se imaginaron sobre las tablas del gran teatro de la ópera bonaerense que había sido inaugurado en 1908 con un espectacular montaje de *Aida*, de Giuseppe Verdi, y que en tan poco tiempo había adquirido fama como uno de los grandes templos del bel canto del mundo.

—¡Alcemos la copa! ¡Por el teatro! ¡Por nosotros! ¡Y por el debut del infante de España!

Los cinco al unísono celebraron el brindis de don Benjamín. Emocionado, Luis Fernando de Orleans ya visualizaba su nombre en un precioso cartel pintado en la marquesina de La Bombonera.

*Querida Crista. (...) ¡Esto es increíble! He escrito al rey, parece que Luis (recordaréis quiere ser actor) va a salir a las tablas en una compañía en América...**

La siempre prudente María Cristina de Habsburgo-Lorena dobló con mimo la carta y la guardó en el secreter de caoba de su gabinete, en las habitaciones privadas que ocupaba desde

* A lo largo de toda la obra, todas las citas literales extraídas de cartas, telegramas u otros documentos originales van en cursiva.

hacía casi cuatro años en el Palacio Real de Madrid, a las que se había trasladado tras la boda de su único hijo varón, Alfonso XIII, con Victoria Eugenia —a quien todos llamaban Ena—. Ella, que había demostrado tan destacadas habilidades como reina regente al verse obligada a asumir la Corona en 1885 tras la prematura muerte de su esposo, el rey Alfonso XII, embarazada de menos de tres meses, ahora no sabía, sin embargo, cómo ayudar a su escandalizada cuñada, la infanta Eulalia, que le escribía desesperada desde París. ¿Qué podía hacer más allá de ponerse en su piel de madre?

Desde que Alfonso XIII había asumido en 1902 todos los poderes efectivos como rey, con apenas dieciséis años, doña María Cristina se había consagrado a la familia, a las numerosas obras de caridad en las que participaba y a mantener una rica correspondencia con todos sus parientes y miembros de las dinastías europeas a las que tan unida se encontraba.

¿Estaría exagerando Eulalia? ¿Se trataría de un nuevo enfrentamiento maternofilial de los suyos? Pobre Luisito... La reina madre no pudo reprimir un suspiro pensando en lo duro que había debido de ser para él crecer en medio de la guerra cruzada de sus padres. «¿Un infante de España sobre las tablas? ¡Menudo disparate!», concluyó pensativa.

Madrid, noviembre de 1888

—**S**eñora, aquí tiene un caldito. Todavía humea del primer hervor. Tómeselo, le sentará muy bien.

—Gracias, Jacinta, déjalo sobre la cómoda.

—Tómeselo, señora, por favor... ¡Qué preciosidad de niño! ¡Un infante robusto! ¿Quiere que se lo traiga?

—Un poco más tarde, Jacinta. Estoy demasiado dolorida.

La infanta Eulalia acababa de dar a luz a su segundo hijo. La aparición de su gobernanta le hizo acordarse de su hermana Paz. No la había tenido cerca al ponerse de parto. Sabía que se encontraba en Barcelona visitando la Exposición Universal e imaginaba que, a esas horas, informada de la noticia, estaría a punto de partir hacia Madrid. La envidió por tener a su servicio, mejor dicho, a su lado a la fiel Pepilla en Nymphenburg (Múnich), donde residía desde que se había casado hacía cinco años con su primo el príncipe Luis Fernando de Baviera. Pepa Angulo había sido mucho más que una doncella para las tres

infantas más jóvenes, Paz, Eulalia y la pobre Pilar, muerta en 1879 con solo dieciocho años por una meningitis tuberculosa convertida en un derrame en el parte oficial porque no convenía crear un estigma sobre la dinastía. Si Pepilla estuviera allí podría desahogarse, pensó doña Eulalia. Ella la comprendería. Le contaría sin reparos que el nacimiento de su hijo no borraba la enorme rabia que sentía en esos momentos y que le causaba más dolor que las secuelas del propio parto.

—¿Se han marchado ya, Jacinta?

—Su majestad, doña María Cristina, ha abandonado la casa hace apenas unos minutos junto a su dama, la condesa de Sorróndegui. Pero su hermana doña Isabel sigue charlando animada con la marquesa de Nájera y la duquesa de Medina Sidonia. Rosario ha preparado chocolate. Y en la sala de fumar el señor continúa recibiendo las felicitaciones del ministro de Gracia y del gobernador civil, entre otros. Todos están exultantes.

—¿Sagasta no ha venido?

—El presidente del Consejo de Ministros excusó su asistencia por una indisposición, señora, pero ya ha hecho llegar sus más efusivas felicitaciones.

—Gracias, Jacinta. Puedes retirarte, necesito descansar un poco.

Un nutrido grupo encabezado por la reina regente y la hermana mayor de la parturienta, la tan querida por los madrileños infanta Isabel, *la Chata*, se había ido dando cita en el palacete de los Orleans Borbón, en la madrileña calle Martínez de la Rosa, desde que poco antes de la medianoche del 4 de noviembre empezó a correr la noticia de que doña Eulalia había roto aguas. Varios grandes de España e importantes personalidades políticas aguardaron la buena nueva en los salones de la planta baja del *hôtel*. Todos confiaban en el doctor Laureano

García Camisón, médico de la corte, de solvencia más que reconocida, y en su asistente, el prestigioso ginecólogo Francisco Alonso y Rubio. Cuando al filo de las cuatro de la madrugada se escucharon llantos de recién nacido en la planta superior, la reina fue la primera en felicitar a su concañado, el infante Antonio de Orleans y Borbón, padre de la criatura.

A Julián la noche se le había hecho interminable. Como jefe de cierre que era desde hacía más de quince años de la *Gaceta de Madrid* había tenido que pasar muchas madrugadas en vela. En cuanto un ujier de palacio le transmitió la orden de que mantuviera suspendida la edición hasta que se produjera el parto, se resignó consciente de que no iba a poder espantar el frío que pelaba al abrigo de las mantas de la cama junto a su mujer. Las horas de espera al menos merecieron la pena y se pudo incluir la noticia en la *Gaceta* del 5 de noviembre: «S. A. R. la infanta doña Eulalia ha dado a luz un robusto infante a las tres y cincuenta y cinco minutos de la madrugada de hoy».

El boletín oficial incluía también el real decreto que había sido aprobado la víspera:

En nombre de mi augusto hijo el rey don Alfonso XIII, y como reina regente del reino, vengo en disponer que el príncipe o princesa que diere a luz mi dicha hermana en su próximo parto goce las prerrogativas de infante de España, y mando que se le guarden las preeminencias, honores y demás distinciones correspondientes a tan alta jerarquía. María Cristina.

Arrullado por un aya que había conseguido serenarle, el recién nacido daba su primera cabezada ajeno a su dignidad como nuevo miembro de la familia real española.

Las madrugadoras lavanderas hicieron más llevadera su faena ese día en la ribera del Manzanares intercambiando opiniones sobre la llegada al mundo de un nuevo infante, asunto que ahogaba cualquier otro posible tema de conversación.

—Qué pena. Los Orleans ya tenían un niño. Seguro que a la madre le hubiera gustado una infantita —se lamentaba Mariana mientras frotaba con cierta desgana unas enaguas contra la piedra.

—¡Hija, qué cosas se te ocurren! ¡Un niño siempre es una bendición! Y a la familia real le hacen falta machos, que tanta hembra parecía una maldición. Y no quiero ni acordarme de la guerra —le respondió santiguándose su madre, ocupada en su propio cesto de ropa.

La mayor de las dos lavanderas tenía buena conciencia de las guerras dinásticas que habían asolado el país a la muerte del felón Fernando VII, sin descendencia masculina, porque los partidarios de su hermano Carlos María Isidro no aceptaron en el trono a su sobrina Isabel II.

Mientras las mujeres faenaban a la orilla del río y la villa entera iba cobrando su habitual bullicio mañanero, precisamente la antigua reina era informada de que acababa de ser de nuevo abuela. El telegrama llegó hasta su residencia, el palacio de Castilla, en París, donde vivía desde que había tenido que partir al exilio en 1868. Más de dos décadas ya. Pero cómo añoraba Madrid, ella tan castiza. Seguía pensando en un regreso definitivo a España que, sin embargo, nadie en la corte deseaba. Y así se le iba el tiempo en la capital de un país que no le hacía mal-dita la gracia. Con sus comidas incomedibles y con un idioma que ella apenas chapurreaba ni se esforzaba en aprender.

—La señora se puso como loca al ver que no llegaba el señor. Nunca la había visto tan furiosa. Me ha dicho Marcelino que se recorrió media ciudad de tugurio en tugurio y que no había forma de dar con él.

—Si hubo que enviar también al otro criado a ver si entre los dos... Eso es que estaría en alguna casa metido y a saber haciendo qué...

—¡No quiero volver a escuchar un chismorreó más en esta cocina! ¿Está claro?

Jacinta pilló desprevenidas a la cocinera y a la fregona, que cuchicheaban recordando los momentos de angustia que se habían vivido en la casa la noche anterior. A la servidumbre le había costado mucho dar con el paradero de don Antonio cuando su mujer empezó a tener los primeros síntomas de parto, lo que acabó de alterar en semejante trance a doña Eulalia, más preocupada porque fuera a llegar a la casa la reina regente antes que su marido que por dar a luz.

Era un secreto a voces en círculos aristocráticos lo mal avenido que se encontraba el matrimonio. A la infanta le mortificaba que su esposo ya no guardara en absoluto las formas y que, incluso con su embarazo bien avanzado, hubiese seguido con sus francachelas diarias, rodeado siempre de la corte de aduladores con la que gastaba el tiempo en cartas, apuestas, juergas hasta la madrugada... ¡y putas! Solo esperaba que al menos no tuviera nada serio con ninguna mujer. Aunque eran tantos y tan distintos los perfumes femeninos a los que olía su ropa que disipaba ese temor.

Cuando Antonio de Orleans entró en la alcoba de la infanta, esta rezongó haciéndose la adormilada. Él le dio un beso en la frente.

—Muchas gracias. Me has dado otro machote sano. No sabes lo feliz que me haces.

Doña Eulalia no respondió. Vio cómo su marido le dejaba junto al almohadón un pequeño estuchito. No necesitaba abrirlo para saber que se trataba de una gargantilla de brillantes. Le había regalado ya otras tres casi iguales, la última dos años antes cuando había dado a luz a su primogénito, el infante Alfonso. A doña Eulalia le ardía el alma al constatar la dejadez de su marido incluso para hacer un encargo en la joyería. Con lo que valoraba ella una pieza singular... No era como su hermana Isabel ni como la reina regente. Destacaba por su elegancia y no se avergonzaba de que le gustaran los trajes y las joyas. A cualquiera de sus fulanas podría regalarles una gargantilla igual, pensó asqueada antes de cerrar de nuevo los ojos.

La infanta Eulalia y su primo Antonio de Orleans y Borbón se habían casado en la capilla del Palacio Real el 6 de marzo de 1886. Había sido la boda más triste de un miembro de la dinastía que se recordaba. La novia llegó al altar casi avergonzada por llevar un vestido de raso blanco que tanto chirriaba entre los lutos de los invitados. Ni música ni bandas y condecoraciones ni las galas nupciales de las que tanto disfrutaba el pueblo de Madrid desde el exterior de la verja del viejo alcázar. No habían signos de felicidad ese día porque estaba aún demasiado reciente la temprana muerte de Alfonso XII, acontecida el 25 de noviembre de 1885, con apenas veintisiete años. La tuberculosis, otra vez la maldita tuberculosis.

En todo caso, doña Eulalia tampoco tenía demasiados motivos de alegría en el que, según las novelas románticas que había leído de pequeña, debía de ser el día más feliz en la vida de

toda mujer. Claro que a sus veintidós años sabía perfectamente que los cuentos de princesas les estaban vedados a quienes lo eran de verdad.

Casi en su lecho de muerte, Alfonso XII había obligado a su hermana a prometerle que se casaría con el penúltimo de los nueve hijos que habían tenido Antonio de Orleans, duque de Montpensier, y la infanta María Luisa Fernanda de Borbón, única hermana de la destronada Isabel II. Ya solo vivían dos: Antonio y María Isabel, mucho mayor que él, convertida en condesa de París al casarse en 1864 con su primo Felipe de Orleans, quien mantenía vivas sus pretensiones al trono de Francia pese a que la dinastía había sido expulsada en 1848 en la revolución que dio paso a una breve segunda república y, seguidamente, al segundo Imperio con Napoleón III y la simpar Eugenia de Montijo.

Los sevillanos hablaban de la maldición de San Telmo, en referencia al palacio sevillano que habitaban los Montpensier, para explicar tantas desgracias y muertes en la familia. La insalubridad de las aguas que regaban los magníficos jardines y que se usaban para el consumo humano a través de una de las más modernas redes de cañerías de la época tenía, sin embargo, mucho más que ver con aquel drama que las supercherías que tanto entretenían al pueblo, aunque entonces eso se ignorara.

El de doña Eulalia y su primo carnal sumaba todos los ingredientes de un enlace de Estado. Sin contar al enfermo rey que veía cómo se le escapaba la vida, don Antonio y su padre eran, a la altura de 1885, los únicos varones de la familia real española. De modo que con este matrimonio concertado se buscaba evitar un hipotético problema sucesorio. Igual que entre las lavanderas del Manzanares, en palacio seguía estremeciendo el recuerdo tan fresco de las guerras carlistas.

La infanta Eulalia, que ya había empezado a dejar entrever su espíritu contestatario, intentó desdecirse de su promesa una vez enterrado su hermano. Pero España entera estaba en vilo. Y la corte mucho más aún. María Cristina, nombrada automáticamente reina regente al enviudar, ya se sabía embarazada, pero era un enigma si en su vientre albergaba a otra hembra o al ansiado varón, que de serlo se convertiría en rey en el mismo momento de nacer. Ya había dado a España dos infantas: María de las Mercedes, llamada así en homenaje a la difunta primera mujer de Alfonso XII —hija también de Montpensier— y María Teresa. De modo que la boda se anticipaba a hipotéticos problemas.

Todavía niña, Eulalia había tratado bastante en Sevilla a don Antonio, dos años menor que ella. El palacio de San Telmo había sido escenario de confidencias adolescentes, de jueguecitos y miradas que podían confundirse con devaneos. Si la hermana del rey, con su rubia cabellera, sus ojos azules y su piel finísima y pálida, era de todas sus hermanas la más esbelta y atractiva, su primo no era desde luego menos apuesto. Entre ambos brotó atracción física, deseo sexual, cierto interés. Pero la infanta era una crisálida que mudaba de piel. El paso de la pubertad a la juventud la convirtió en una mujer inteligente, lectora empedernida, con verdaderas inquietudes intelectuales, asfixiada en una corte tan pacata como la española. Y su primo era exactamente lo contrario de lo que alguien así podía desear como compañero en un mundo en el que empezaban a producirse cambios asombrosos.

Antonio, que siempre había sido mal estudiante y holgazán, de carácter algo retraído y hasta melancólico, era de natural refractario a la cultura y a los gozosos estímulos de la inteligencia. Era un simple. Amigo de los placeres de la carne, el

juego y la bebida, un «disfrutón» sin mayores pretensiones. Doña Eulalia enseguida vio en él a un cero a la izquierda. No comprendía cómo le había podido influir tan poco su padre, Montpensier, él sí un hombre interesantísimo, culto, refinado, extraordinario conversador, tan cosmopolita... Menos mal que su prometido al menos era excelente como pareja de baile, se resignaba la infanta.

Casi en vísperas de la boda, convencida del error que iba a cometer y de que se condenaba a sí misma a una cárcel de por vida cuando lo que su espíritu libre reclamaba era romper todas las cadenas, intentó zafarse del matrimonio. En vano. Quien más presión ejerció contra su voluntad fue su hermana mayor, la infanta Isabel, convertida en el báculo de la reina regente ante la hercúlea tarea de llevar las riendas de España cuando a esta todavía le suponía dificultad hasta manejarse en el idioma del país.

—Nosotras no debemos hacer lo que queremos, sino lo que se debe. Primero la dinastía... ¡Hay que ser infanta antes que mujer! —bramó la Chata, como popularmente se la conocía, con su voz ronca y atronadora.

Las admoniciones de doña Isabel, que no aceptó resistencia, retumbarían en la cabeza de su hermana hasta el fin de su existencia.

La noche en vela antes de la boda, doña Eulalia se acordó sobre todo de Carlos de Braganza, el heredero del trono portugués. ¿Y si no hubiera sido tan testaruda?, se repetía. Carlos era refinado, elegante, discreto... Y también era guapo y divertido. ¿Era amor lo que había sentido por él? Qué más daba, no era un hombre libre, su destino estaba marcado desde el mismo día de su nacimiento. Y ella no se veía acarreado una carga tan esclava. «*Me pesaba demasiado la diadema del infantazgo para ceñirme a las sienes una corona*», escribiría en sus *Memorias*.

Doña Eulalia acudió al altar como las reses al matadero. A los pocos meses, el matrimonio Orleans Borbón tuvo su primer hijo: Alfonso, a quien llamaban Ali. Casi dos años después llegaba al mundo el segundo en esa fría madrugada de otoño.

El recién nacido, sin saberlo, había arrancado a su padre de los brazos de cualquier mujer, se repetía la infanta, a la que le ardían las entrañas no por un despecho que en realidad no sentía, sino por el fuerte sentimiento de injusticia que le provocaba tener que protagonizar una vida en la que no se reconocía.

Adormilada entre almohadones, sin ganas de abrir el estuchito, la infanta se sonríe y después se revuelve al recordar de pronto el magnífico collar de cincuenta y dos brillantes de extraordinaria pureza que le había regalado Antonio con motivo de la boda. Esa sí una pieza envidiable. Piensa en su suegro. Quién si no él podía haber tenido la sensibilidad y el gusto exquisito para escogerlo. Su marido no, desde luego.

El tedio en el matrimonio había brotado desde el principio. Don Antonio mataba el tiempo cumpliendo sus obligaciones como miembro del regimiento de húsares de la reina, mientras doña Eulalia compaginaba sus funciones como infanta, que le resultaban cada vez más aburridas, con otros pasatiempos mucho más reconfortantes como las tertulias literarias de las que tanto disfrutaba, bien en su propia casa como anfitriona, bien en los salones de amistades que frecuentaba casi con la misma asiduidad con la que su marido salía a divertirse, que era casi todos los días.

La incompatibilidad de caracteres se había puesto de manifiesto ya durante el viaje de novios que les llevó a permane-

cer una temporada en Francia, en el magnífico castillo de Chantilly, donde la infanta pudo intimar con toda la familia Orleans de su esposo, y a visitar luego Londres, donde Montpensier le presentó a la reina Victoria. La ya anciana soberana la decepcionó algo por su aspecto, aunque la cautivó con su arrolladora personalidad.

Aquellos días doña Eulalia se enamoró platónicamente de su suegro. Con él sí que podía mantener largas conversaciones de sobremesa, discutir sobre filosofía, literatura o los últimos avances científicos, hablar sobre las ideas socialistas que empezaban a propagarse por Europa, imaginar el futuro que estaba por venir... Al duque de Montpensier le hacía gracia que su nuera estuviera tan interesada por el filósofo y economista Henri de Saint Simon o por las propuestas del socialismo utópico de Robert Owen. En esos diálogos de cierta altura que se generaban en torno a la mesa o la chimenea, su marido guardaba sepulcral y bobalicón silencio; al principio intentaba guardar las formas, pero enseguida se aburría ante el nulo interés que le despertaban las inquietudes de su esposa.

El recién nacido fue inscrito en el registro civil dos días después de llegar al mundo con los nombres de Luis Fernando María Zacarías. Como era costumbre, el ministro de Gracia y Justicia ejerció como notario mayor del Reino mientras que el presidente del Consejo de Ministros, Práxedes Mateo Sagasta, encabezó la lista de testigos en el feliz acto. La elección del nombre era un homenaje a la abuela paterna del pequeño, la infanta María Luisa Fernanda, mientras que Zacarías resultaba obligado por ser el santo al que está dedicado el 5 de noviembre.

—Mira qué hermanito te han traído de regalo. Pronto se pone tan grande como tú y podéis hacer carrerillas o cualquier pillería. Ya verás qué bien te lo vas a pasar con él, *raposu*.

—Pero ¿cómo se te ocurre llamar esas cosas al niño? ¡Compórtate, por amor de Dios, que estás ante un infante de España! Mejor dicho, ante dos.

—Ya, ya, ya lo sé doña Jacinta, disculpe usted. ¿Qué quiere? Yo lo que veo es a un niño de dos años con los ojitos vivarachos y me da no sé qué decirle alteza *paquí*, alteza *pacá*. Se me escapa, mujer...

Ali contemplaba extasiado desde el dintel de la puerta de la alcoba cómo amamantaba la robusta nodriza a su hermanito. Aunque madrileña, de la parroquia de San Andrés, la escogida para dar su leche al nuevo infante se había criado en Asturias y estaba casada con el conserje del hospital del Rey de Burgos. Para la joven era una aventura excepcional entrar al servicio de la casa de unos infantes. Y estaba nerviosa porque aún no le había llegado el mantón que pensaba ponerse para el bautizo de «su» niño en el Palacio Real. Cuándo se había visto ella en una así, pensó para sus adentros. Le parecía raro el poco tiempo que dedicaban los señores a sus hijos cuando a ella se le caía la baba haciéndoles carantoñas. Pero doña Jacinta no dejaba de recordarle algo fundamental: ver, oír y callar. Y comprendía que los cuñados de la reina regente tendrían muchas más obligaciones que todos los plebeyos juntos a los que ella conocía.

El domingo 2 de diciembre de 1888, a las dos de la tarde, se celebró en la cámara de Carlos III, en el Palacio Real, el solemne bautizo del infante Luis Fernando.

En la estancia se había instalado la pila del convento de Santo Domingo de Guzmán, del siglo XII, joya del románico reservada desde el siglo XVII para acristianar a príncipes e infantes. Bajo su reinado, Isabel II había emitido un decreto para que la pila se destinara exclusivamente a descendientes directos de reyes. Encima de cuatro mesas recubiertas con tapetes bordados se colocaron las bandejas de plata con las insignias de bautizo: la torta de mazapán, medio limón, la miga de pan, el mantillo, el algodón, las toallas rizadas de batista labradas por las monjas trinitarias, el jarrón con agua del río Jordán, la palangana, el salero y la concha. Cada una de ellas fue portada por un grande de España según la etiqueta palatina.

Una hora antes del comienzo de la ceremonia empezaron a llegar los numerosos invitados, siguiendo un estricto protocolo: ministros de la Corona, presidentes de los cuerpos colegisladores, representantes del cuerpo diplomático, capitanes generales del ejército y el gobernador civil de Madrid, entre otros, amén de una nutrida representación de la grandeza de España, todos ataviados con sus mejores galas, condecoraciones y joyas. Las señoras no desperdiciaban ocasiones como esta para rivalizar exhibiendo sus últimas adquisiciones o presumiendo de la calidad y exclusividad de sus alhajas suntuosas y barrocas.

—¡Señora, tenga cuidado, que me va a sacar un ojo con el paraguas!

—Disculpe usted, buen hombre, si es que ya es mala suerte que se haya puesto a llover. Así no hay quien vea llegar a nadie. Me tapan los de delante.

Los porteros y ujieres de palacio se esforzaban en mantener a raya al público que se agolpaba junto a la puerta del Príncipe para disfrutar de la procesión. Para todos era un fastidio el mal tiempo.

Inevitablemente, la lluvia que caía sobre Madrid ese día de otoño restó algo de pompa a la incesante llegada de asistentes al regio alcázar. Las voces de los madrileños que permanecían con estoicismo apostados junto a la verja de la entrada principal subieron de tono al divisar cómo se acercaba por la calzada empedrada el coche de caballos en el que llegaba el protagonista de la jornada.

El pequeño Luis Fernando permanecía dormido como un bendito en brazos de su nodriza, a la que parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas de tan maravillada como se sentía por todo lo que veía desde el coche de media gala en el que se trasladaban junto a la infanta Paz y su marido, el príncipe Luis Fernando de Baviera. Ambos habían ido a buscarles a la residencia familiar para acompañarles desde allí hasta palacio, tal como exigía el protocolo por el protagonismo que ambos iban a tener en la ceremonia. Don Antonio les precedía en otro carruaje, vestido con el vistoso uniforme de gala de oficial de húsares de la reina, acompañado por el marqués de Peñafiorida, jefe de su serenísima casa.

A la hora señalada, desde la cámara de la reina regente salió hacia la capilla, en ritual procesión, la real comitiva, compuesta por los gentiles hombres de casa y boca, los mayordomos de semana del palacio, grandes de España y el cardenal arzobispo de Toledo. Tras ellos, el padre y el recién nacido en brazos de la marquesa de Peñafiorida, flanqueada a su derecha por el príncipe Luis Fernando de Baviera, que ejercía como padrino, y a su izquierda por la infanta Paz, quien hizo las veces de madrina en nombre de la abuela paterna de la criatura, la duquesa de Montpensier, que había excusado su asistencia por encontrarse delicada de salud.

Les seguían el rey niño, Alfonso XIII, y sus hermanas, la princesa de Asturias, María de las Mercedes, y la infanta María

Teresa. Detrás, el infante Alfonso, hermanito del protagonista, y los príncipes Fernando y Adalberto de Baviera, los dos pequeños hijos de doña Paz. Cerraban la comitiva la reina regente y su cuñada, la infanta Isabel. Todos ellos seguidos por los jefes de palacio, las damas de la reina, los ayudantes del Cuarto Militar y la alta servidumbre de todas las reales personas. Doña Eulalia no estuvo presente en el bautizo, tal como era tradición.

El encargado de conferir el santo sacramento al infante fue el nuncio apostólico de su santidad, monseñor Di Pietro. Concluida la ceremonia religiosa, la reina regente impuso al pequeño las insignias de la Real y Distinguida Orden de Carlos III.

—No ha llorado nada, doña Jacinta. Tenía que haberlo visto. Lo bien que se ha portado mi niño cuando le han echado el agua por encima, bendita criatura.

—No llame «su niño» al infante, por amor de Dios. Qué confianzas son esas.

—Ay, no me riña, doña Jacinta. Si es que le tengo a todas horas agarrado a la teta. Qué quiere, una no puede por menos que cogerle cariño.

La nodriza del pequeño, ya de vuelta al *hôtel* familiar, relataba con pelos y señales a los miembros de la servidumbre, que la escuchaban embobados, cómo había sido la ceremonia henchida de orgullo por haberla podido vivir en primera persona.

—¡Vamos, vamos! ¡Se acabó la cháchara! ¡Cada uno a su puesto! Que ya se escuchan los caballos. Deben de ser la reina y la infanta Isabel.

No se equivocaba Jacinta. Llegaban a la residencia doña María Cristina y la Chata para felicitar en persona a doña Eulalia por el bautizo del pequeño y ponerle al corriente de los detalles vividos un rato antes.

A principios de 1890, los Orleans Borbón se mudaron a un palacete más amplio y confortable en la madrileña calle Ferraz que disponía de todas las comodidades, incluida la luz eléctrica, y de un espacioso jardín. En la última planta, tabucos abuhardillados hacían las veces de dormitorios para la extensa servidumbre: mayordomo, jefa de doncellas, maestresala, cocinera, pinche, cocheros, lacayos, niñeras, lavandera, costurera, doncellas de labor...

Durante una tarde de finales de enero en la que el sol calentaba con cierto vigor, resguardada a la sombra de un gigantesco quitasol, doña Eulalia disfrutaba del placer de la lectura mientras el pequeño Luis Fernando se entretenía en el suelo intentando poner en equilibrio unas figuras de madera que le maravillaban. A su lado, sin perderle de vista un segundo, se encontraba su *nanny*.

—Señora, da gusto cómo se entretiene. Es un calco a su augusta madre.

—Sí, se da un aire, Jacinta.

—Más que un aire. Si contempla el retrato de la reina niña doña Isabel, el que está en el salón principal, y se fija en el infante, es que son clavaditos. El mismo rostro redondeado de los Borbones de Nápoles, señora. Y la expresión, los ojos... No hay duda de a quién ha salido.

—Tienes razón, Jacinta. Aunque, no sé..., el infante aún no ha cumplido los dos años. A estas edades...

La infanta abandonó un instante el libro y se detuvo a mirar a su hijo. Le recorrió un pequeño escalofrío inquieta como estaba por la incertidumbre que le causaba esperar el diagnóstico del especialista que le había recomendado su médico de confianza. Pero ella ya no podía negarse a la evidencia: el niño tenía algún defecto genital.

Las figuras se cayeron de golpe provocando las risotadas del infante, que ya balbuceaba muchas palabras. Doña Eulalia le observó con distante afecto y después intentó concentrarse de nuevo en la página.

La tarde del 4 de febrero de 1890, la reina regente y su suegra, Isabel II, de visita en Madrid, junto a la Chata y el archiduque Eugenio de Austria, ocupaban el palco de honor del Teatro de Ópera, situado en la magnífica explanada frente al Palacio Real. Mientras daba comienzo la representación, la destronada soberana disfrutaba mucho más siendo el centro de atención que su nuera, a quien todo acto público fuera del antiguo alcázar parecía resultarle una carga. De hecho, habían tenido que insistirle para que saliera ese día. Pero el pequeño rey Alfonso XIII estaba ya totalmente restablecido de una seria enfermedad que había mantenido en vilo a toda la corte y, ante el alivio que representaba su recuperación, doña María Cristina accedió. Convenía transmitir sensación de normalidad.

Platea, entresuelo y palcos estaban abarrotados. Desde estos últimos restallaban los brillos de las tiaras de las ilustres damas. Tan importante era dejarse ver como ver la representación, en este caso de *La sonámbula*, ópera con música de Vincenzo Bellini.

Antes del descanso, un lacayo entró con discreción en el palco regio para hacerle entrega a su majestad de una nota urgente. Doña María Cristina, tras leerla dos veces, se la pasó a su suegra y a su cuñada. Mientras resonaban los aplausos por el primer acto, las dos reinas y la infanta Isabel abandonaron el lugar, seguidas por sus damas de compañía y un pequeño séquito de escolta. En los coches de caballos que ya las aguardaban en la entrada, se dirigieron rápidamente al palacete de los Orleans.

Fue la Chata la encargada de dar la terrible noticia a su hermana Eulalia, de nuevo embarazada. El duque de Montpensier había muerto. Nada más acabar de almorzar, se había dirigido junto a su ayudante, el teniente coronel Luis Lerdo de Tejada, hasta su coto de Torrebrea, en sus dominios de Sanlúcar de Barrameda, con intención de cazar hasta el anochecer. Un infarto fulminante le había segado la vida.

Doña Eulalia sintió que las fuerzas le flaqueaban. Lo suyo era verdadera adoración por su suegro. Le costaba creerse la noticia.

—Eulalia, hay que avisar a Antonio. ¿Dónde está?

La infanta enmudeció un instante ante la pregunta de la reina regente.

—No lo sé, Crista. A estas horas, en cualquier parte.

Haciéndose cargo de la situación y con su enérgico carácter, la Chata ordenó a varios criados de la casa que salieran en busca del infante. Les instruyó para que preguntaran en los restaurantes, las tabernas y las casas aristocráticas que sabían que frecuentaba hasta que dieran con él lo más rápido posible. Al fin fue localizado. Se encontraba junto a varios amigos en el teatro circo Price, donde se representaba con gran éxito *La tempestad*, una zarzuela muy celebrada por el público. Allí mismo le comunicaron el fallecimiento de su padre.

—Esto de mi hija no es un matrimonio, Crista. Cada uno por su lado, aunque vivan bajo el mismo techo. Ya lo ves...

—Pido a Dios, Isabel, que los niños no lo sufran. —La reina regente no pudo evitar rumiar que poco ejemplo de mujer bien casada podía dar su interlocutora, quien en este viaje a España había tenido al menos el tino de no incluir al que se decía que era su último amante en el séquito que la había acompañado desde París.

Isabel II y doña María Cristina, que tuvo que esforzarse en ahuyentar su pensamiento, se lamentaban en voz baja mien-

tras doña Eulalia, que había necesitado recostarse por la honda impresión de la noticia, tomaba una infusión de hierbas que la cocinera decía que era mano de santo contra los nervios.

El duque de Montpensier, amortajado con el uniforme de capitán general por su propia esposa, la ya anciana y muy devota infanta María Luisa Fernanda, fue velado en el magnífico palacio de los Orleans en Sanlúcar. Después, sus restos se trasladaron en la tarde del día 6 hasta la estación local de ferrocarril para emprender su último viaje hasta Madrid. A la mañana siguiente, en medio de un gran despliegue de autoridades militares y civiles, el féretro fue finalmente conducido hasta el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. En su imponente basílica se celebró el solemne funeral previo a la inhumación del cadáver en el panteón de infantes.

Cuántos recuerdos se le pasaron de golpe a Isabel II por la cabeza. Aunque hacía años que había hecho de tripas corazón para perdonar a su gran enemigo, cómo olvidar el sufrimiento que le habían causado tantos años de traición de su cuñado, que incluso había gastado una parte considerable de su fortuna personal en sufragar la revolución que la había expulsado a ella del trono y de España en 1868. Y cómo no acordarse en este trance de su otro conculado, el duque de Sevilla, Enrique de Borbón. Nadie había tenido los arrestos para hacer una defensa pública como la suya de los derechos dinásticos de doña Isabel, lo que en 1870 le llevó a proferir durísimas críticas contra Montpensier, quien, sin poder ni querer dejar pasar por alto la ofensa, retó al hermano del rey Francisco de Asís a un duelo en el que acabó con su vida, con cuarenta y seis años.

Todo parecía ya tan lejano... Incluida la boda a la que ella se había opuesto tan amargamente entre su hijo Alfonso y la hija del finado, María de las Mercedes, pobrecita, muerta tan

joven. O el matrimonio más reciente de su hija Eulalia con el único varón que le quedaba a su archienemigo. Definitivamente, con Montpensier se iba también media vida de la reina condenada al exilio.

Doña Eulalia fue una de las personas más afectadas por la pérdida de su suegro. En los últimos años había sido para ella casi un padre, ese que nunca había tenido porque jamás había sentido como tal al rey Francisco de Asís, por más que las crónicas oficiales le señalaran como su progenitor y el de sus hermanos. Bien sabía ella que era cierto todo lo que se decía del marido de su madre. Aunque jamás había consentido maledicencia alguna en su presencia. Y le herían las sátiras que publicaban los periódicos, donde cualquiera escondido tras un cobarde seudónimo podía referirse al consorte como Paquita Natillas.

Todos concluyeron que el fuerte disgusto por la defunción de Montpensier influyó en que doña Eulalia diera luz a su hija Roberta, al alba del 12 de marzo de 1890, con menos de un hilo de vida. El doctor Camisón confirmó el fallecimiento por asfixia tras ímprobos intentos por revivirla.

—Los infantes son tan pequeños que aún no se enteran de nada, menos mal —le decía aliviada la cocinera a doña Jacinta.

—No se crea, Rosario. El infante Luisito, todavía, porque es demasiado chico. Pero su hermano se da cuenta ya de las cosas. Siga a lo suyo que voy a revisar si las muchachas han planchado bien las prendas de luto.

Con la muerte de su padre, por quien siempre había sentido un temor reverencial que le hacía mostrarse apocado en su presencia, don Antonio se convirtió en un hombre extraordinariamente rico. Salvo el sevillano palacio de Villamanrique de la Condesa y algunas propiedades en Francia que fueron a manos de su hermana, la condesa de París, el grueso de la herencia fue

para él. Y, además, pasó a ser el nuevo duque de Galliera, lo que convirtió a doña Eulalia en duquesa consorte.

Montpensier, un hombre tocado por la suerte en muchos momentos de su azarosa vida, había recibido en 1878 este importante título italiano y las vastas propiedades que llevaba aparejado casi por casualidad. Maria Brignole Sale, la entonces riquísima duquesa de Galliera, había enviudado y tras la pérdida de dos de sus hijos solo le quedaba uno con vida, el célebre filatelista Philipp von Ferrary. A él le habrían correspondido el título y los bienes. Pero el coleccionista de sellos protagonizó uno de los grandes escándalos de su tiempo cuando renunció a todo tras acusar a su madre de engañarle sobre la identidad de su auténtico progenitor. Maria no pudo hacerle entrar en razón y decidió entonces repartir sus extraordinarias posesiones. Orleanista a ultranza, legó al hijo menor del rey Luis Felipe el grueso de las mismas, incluidas extensísimas y muy productivas fincas en Italia en las que destacaba un bellissimo palacio. A Montpensier no le costó mucho esfuerzo que el rey Umberto I de Italia firmara el decreto por el que el título de duque de Galliera pasaba también a ostentarlo él, con plenos derechos de sucesión para sus descendientes.

—Tienes buen aspecto, Eulalia. Los aires de Sevilla te han sentado estupendamente. Lo necesitabas después de lo de la pobre Robertita, que en su gloria la tenga el Señor.

—Gracias, Isabel. No ha sido fácil volver allí y sentir a cada momento la falta de mi suegro. Pero es verdad que Sevilla, antes de que empiecen a apretar los calores, es el paraíso.

Doña Eulalia, recién llegada junto a sus hijos del palacio de San Telmo, donde habían acompañado unos días en el duelo

a su suegra, y su hermana la Chata, quien había acudido a visitarla a su domicilio, tomaban chocolate en un coqueto saloncito mucho más recogido que la amplia galería donde la primera solía recibir a sus visitas.

—Eulalia, sé que las cosas con Antonio van de mal en peor. No cesan las habladurías.

—Dejémoslo para otro día, Isabel. Tengo algo de prisa y aún debo arreglarme.

—¿Algún compromiso especial?

—Una recepción en la embajada británica.

—Hummm. Creo que sigue allí de agregado ese nieto bastardo tan guapo del conde de Lonsdale...

—Sí, creo que sí. El señor Lowther. Hemos coincidido en algunas ocasiones.

—Exacto, Claude Lowther. Hay que reconocer que planta no le falta. Es un joven verdaderamente apuesto.

Doña Eulalia empezaba a revolverse en su asiento, visiblemente incómoda.

—Isabel, ¿a qué viene tanto interés por él?

—Eulalia, no es tu marido el único del que corren por toda la corte las habladurías que condenan a esta casa al escándalo. Por amor de Dios, piensa en tus dos hijos, dos criaturas tan pequeñas. Debieras replantearte si seguir coincidiendo con ese joven es conveniente. A veces creo que me he equivocado contigo y que es culpa mía no haberte sabido inculcar lo que significa ser una infanta de España.

Con el acaloramiento, a la Chata se le inflamaban las aletas de su insignificante nariz, rasgo fisionómico excepcional en un Borbón, por la que recibía su mote. Y cualquiera podía apreciar su tensión porque de pronto se hacía audible su crónica dificultad para respirar.

—No te entretengo más, Eulalia. Yo también tengo compromisos que atender. Deberías comer algo más, unos kilos no te sobrarían.

Doña Isabel, ayudada por una criada atenta, se cubrió con uno de los mantos de colores rabiosos que siempre llevaba, a pesar de que esos tonos chillones destacaban todavía más sus excesivas gorduras, y dejó la casa.

No era la primera vez que doña Eulalia se sentía amonestada por su hermana mayor. Pero se sintió dolida por lo hiriente que era saberse protagonista de habladurías de esa naturaleza. La provinciana corte madrileña, tan anquilosada respecto a otras como la inglesa, en la que ella disfrutaba tanto cada vez que tenía ocasión de cruzar el canal de la Mancha, la asfixiaba cada vez más.